

EL SALMANTINO

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Este periódico, al cual se suscribe en Salamanca á 4 rs. al mes en las librerías de *D. Juan José Moran* y *D. Domingo Blanco*, y 5 rs. fuera franco de porte en las principales del reino, se publicará una vez cada semana.

El AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL de Salamanca, celoso por la gloria de los hombres célebres que esta ciudad ha dado á luz, acordó en obsequio del **Señor D. Manuel José Doyagüe**, Maestro de Capilla que fue de esta Santa Iglesia Catedral, en la sesión del 27 de enero último, que el nicho donde estan depositados sus restos mortales quede para siempre dedicado á su memoria, y que en ningun tiempo se pueda volver á enterrar en él cadáver alguno; además, que se abriese una suscripción para costear una lápida de mármol, donde con letras de oro quede su nombre perpetuamente grabado, igualmente que los sentimientos de amor y admiración que le tributa, figurando en ella como primer suscriptor. A consecuencia de esta resolución, el día 26 del corriente se ha colocado con toda solemnidad sobre el sepulcro de **Doyagüe** la lápida que lleva la inscripción siguiente:

AL MÉRITO EMINENTE Y MODESTO,
A LA INSPIRACION RELIGIOSA Y PROFUNDA,
AL GENIO INMORTAL DE LA ARMONIA SAGRADA,
AL HIJO ESCLARECIDO DE SALAMANCA,
A D. MANUEL JOSÉ DOYAGÜE,
PARA PERPETUA MEMORIA,
EL AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL.
AÑO DE 1843.

Primero se ha ejecutado á toda orquesta en la capilla del cementerio el célebre *Oficio de Difuntos* compuesto por dicho Señor; despues el Ayuntamiento, acompañado de las Autoridades y personas notables de la población que habian sido convidadas, fue á rendirle los últimos honores cerca de su tumba; el Procurador Síndico primero *D. Salustiano Ruiz* pronunció un breve discurso en que hizo el elogio fúnebre. Finalmente, se han encerrado en una caja de zinc, y depositado en la urna del **Señor Doyagüe** el *Magnificat*, obra compuesta por él y escrita de su puño, el oficio del Ayuntamiento que contiene el acuerdo dicho y el discurso del Señor Ruiz.

Los redactores de *EL SALMANTINO*, que tanto se honran con haber nacido en la misma patria que el **Señor Doyagüe**, han creído deber suyo, y muy sagrado, hacer algun obsequio á su memoria, y por tanto le consagran todo el presente número.

TRIUNFO DEL GENIO.

Sin abuelos y sin posteridad, únicos de su raza, desaparecen luego que su mision está cumplida....
(LAMENNAIS.)

¿Por qué tan solícitos os acercáis á deponer coronas sobre la fria losa de una tumba? ¿Por qué entonais esos cánticos de alabanza? ¿Por qué turbais la paz de los sepulcros con el estrépito de vuestro entusiasmo? ¿Por qué tanto os afanais en divinizar el genio de un hombre que pasó su vida olvidado y tal vez desconocido de vosotros? Es porque os punza el remordimiento de vuestro anterior descuido; es porque os duele que el mundo no posea ya mas que un recuerdo de aquel hombre; es porque la muerte ha disipado la niebla que enturbiaba vuestros ojos, y vuestros ojos pueden contemplar la gloria tan radiante y esplendorosa como el sol que señorea los cielos.

Justicia y generosidad es esta que deben los hombres ilustres á la mano de la muerte; ella amontona y confunde á los de almas vulgares, pero encumbra y engrandece á cuantos han sabido sublimarse en las celestes alas de su númen. Entonces desaparece toda la imperfeccion de la naturaleza humana, nada queda de la debilidad y deformidades del ser que llevaba en su mente un rayo del espíritu de Dios, y se quiebran los envenenados dardos de la ignorancia y de la envidia; entonces es tambien cuando siete ciudades reclaman la honra de haber servido de cuna á Homero, aquel pobre y ciego cantor que atravesó por ellas



sin escitar acaso mas que la risa del desprecio; entonces es cuando se levantan estatuas, y pronuncia con énfasis el nombre de Cervantes, de aquel soldado mutilado que pereció en la oscuridad y la miseria.

¡Ay! esa es frecuentemente la suerte que al genio aguarda sobre la tierra; sin duda es necesario que desaparezca la cubierta humana para que brille sin nubes el sol de la inteligencia, sin duda la terrestre condicion del cuerpo rebaja y oscurece la magestad del alma. Por eso la gloria, objeto de todos sus sueños, solo les aparece á lo lejos como un luminoso fantasma; ¡y felices si en la oscuridad y el olvido consiste solo mientras viven el galardón de sus esfuerzos! ¡Felices si las sangrientas garras de la envidia, semejantes al buitre de Prometeo, no les castigan por haber osado arrebatarse un rayo de la luz del cielo! Pero no importa que ellos hayan atravesado pobres y silenciosos el golfo de la vida, arrinconados en una humilde vivienda, sin otros amigos que las sublimes concepciones que hervian en su mente; no importa que la corona del genio semejante á una banda de fuego haya abrasado su cabeza. ¿Quién es el que á precio de todas las grandezas humanas, de todas las pompas del mundo, no cambiaria su nombre por el de Byron, Rafael ó Bellini? Vosotros, grandes de la tierra, podreis levantar para vuestro sepulcro las gigantescas pirámides del desierto, tiendas inmóviles de la muerte; podreis cuajar de oro el mármol de vuestra losa funeraria, y allí esculpiendo blasonados escudos y coronas ducales escribireis vuestros títulos; ¡impotente esfuerzo del orgullo! Los hombres llegarán al pie de las tumbas, y no leerán vuestro nombre, ó le pronunciarán con indiferencia, mientras que leerán con la cabeza descubierta el apellido de alguno para quien estuvieron cerradas las puertas de vuestros palacios. Sí, que la hora de la muerte es la hora de la justicia, y allí el genio recibe por premio de sus fatigas los sinceros y entusiasmados aplausos de la posteridad.

Apresuraos, pues, á deponer esas coronas sobre la tumba del *eminente músico Doya-*

güe; del que supo encontrar los puros raudales de la armonía sagrada, é igualar con el estro de sus composiciones la sublime poesía del Cristianismo. Sin desmentir la severidad del carácter eclesiástico terminó su larga vida humilde y desconocido, sin haber aspirado á ostentarse en la altura á que su genio le hubiera levantado.

Apresuraos, pues, á tributar ofrendas á su memoria para que no os punce el remordimiento de vuestro anterior descuido, y para que os queden á un tiempo el recuerdo y la gloria de ese hombre. — A. Gil Sanz.

Á LA MEMORIA

de D. Manuel José Doyagüe.

Llena está el alma de recuerdos tristes
Al estudiar los tiempos que murieron,
Su activa gloria y sin igual grandeza,
Cual leve polvo, para siempre huyeron.
¿Dónde estan, Salamanca, tus blasones?
¿Dónde tus sabios? ¿dónde tus escuelas?
En tu silencio lúgubre y sombrío
Harto el cansancio y la vejez revelas.
Cual sol brillante, iluminaste el mundo,
Y tu nombre en la tierra no cabia;
¿Y qué eres hoy...? Mirando estás la huesa,
Cual débil moribundo en la agonía.
¿Qué ha sido del alegre clamoreo
De millares de alumnos que tuviste?
Escombros, soledad, bajas pasiones,
Es, ay, lo que del tiempo conseguiste.
Borradla ya del mapa de los pueblos,
Si compasion habeis de sus despojos,
Porque tras gloria tanta mal se avienen
A ver tanta miseria nuestros ojos.
Mas vale que en el polvo se sepulte
La escelsa y hermosísima matrona,
Que no el que su virtud venda á vil precio
Ciñendo de ramera la corona.
¿Quién, de los sabios que admiraba Europa
Podrá llenar el anchuroso hueco?
Nadie en su orgullo á proclamar se atreve
Que puede ser de sus talentos eco.
Solo un hombre eminente, esclarecido,
Luz de su patria y de su cuna gloria,
Legar podrá en los tiempos que alcanzamos,
Corona brillantísima á la historia.
Ese hombre ya murió; pero no ha muerto
La interminable y voladora fama,
Que al avariento rico menosprecia

Y al genio hasta los cielos encarama.

¡Doyagüe ilustre! Al escuchar tu nombre
Con entusiasmo el corazón palpita,
El alma se alza con sublime vuelo
Y nuestra frente trémula se agita.

¿En dónde oíste los sagrados cantos
Llenos de unción, de magestad y vida,
Con que arrancabas al mortal del mundo
Para alzarle á region desconocida?

¿En dónde esos suavísimos acentos
Que sin tocar apenas el oído
Dan paz á la quietud del ambicioso,
Y esperanzas sin fin al desvalido?

¿El coro de los ángeles oías
Cuando las glorias del Señor cantabas,
O de Dios el sonoro y grave acento
Junto á su trono altísimo escuchabas?

¿Qué agudo acero el corazón te hería
Al lamentar de Cristo los dolores?

¿Viste al morir su lívido semblante,
Cuando el cielo enlutaba sus colores?

Descansa ya, mortal: tumba dichosa,
La que en su seno tus cenizas guarda,
El tiempo mismo la tendrá respeto,
Aunque el volcán de las batallas arda.

¡Genio sublime! Tu renombre vuela
De nación en nación, de templo en templo,
Y donde acaso te conocen menos,
Es donde fuiste de virtud ejemplo.

En ese polvo que la losa cubre,
Un alma grande se anidó algún día,
Un alma que á los cielos se ha subido,
Porque en su cuerpo estrecho no cabía.

Venid á su sepulcro, Salmantinos,
Y el mármol adornad con bellas flores;
Vuestro es el lauro que su fama alcanza,
Y suyos son también vuestros loores.

Lágrimas deponed sobre su tumba
Y homenaje rendid á su memoria;
El viento en breve secará ese llanto,
Mas no el lugar que le dará la Historia.

Santiago Diego Madrazo.

DISCURSO

que pronunció D. Salustiano Ruiz, Procurador Síndico de esta Capital en la solemnidad de colocarse la lápida sepulcral destinada á perpetuar la memoria del Señor D. Manuel José Doyagüe, Maestro de Capilla de esta Santa Iglesia Catedral, el día 26 del corriente mes.

SEÑORES: Cuando el Ayuntamiento Cons-

titucional de esta ciudad se dignó encargarme de dirigiros la palabra en este día memorable y solemne, en que tributa los últimos honores fúnebres al Señor D. Manuel José Doyagüe, no admití yo tan honrosa misión, porque me creyese bastante para desempeñarla, sino más bien confiado en vuestra bondadosa benevolencia. También me inspiró confianza y aliento en medio de mi justa timidez el respeto y admiración profunda con que yo contemplaba la memoria de aquel esclarecido profesor, así como el entusiasmo ardiente que siempre ha sentido mi corazón por la gloria y prosperidad de las nobles artes.

Es indudable que las nobles artes satisfacen las necesidades del corazón, ya excitando, ya expresando los sentimientos grandes y generosos; pero de todas ellas la música es la que obra más inmediatamente en el alma, ella sola es la que se dirige al origen íntimo de nuestra existencia, mudando enteramente nuestra situación interior. La música engrandece la idea que tenemos de las potencias de nuestra alma; cuando la oímos nos sentimos capaces de los más nobles esfuerzos; á su impulso caminamos con entusiasmo á la muerte en defensa de la humanidad. La desgracia en el idioma de la música no tiene amargura y ni irrita ni despedaza el corazón: así la música alivia poco á poco ese grave peso, que casi de continuo oprime el corazón de las personas capaces de afectos serios y profundos. Cuando escuchamos sonidos puros y religiosos parece que nos acercamos á saber el secreto del Criador, á penetrar el misterio de la vida, sin que haya palabras que basten á explicar esta impresión insondable. Además, puesto que estamos en esta tierra en camino para un mundo más elevado, ¿no deberemos levantar nuestra alma para que conozca lo invisible, lo infinito, lo eterno en medio de los límites que la rodean? ¿Y qué música será más conveniente para tan sublime fin que la armonía sagrada?

Ciertamente; cuando apareció en el mundo la religión cristiana, la poesía y todas las bellas artes la proclamaron su madre y

su protectora; le ofrecieron sus encantos y ella las cubrió con el velo augusto de su divinidad. La música puso en nota sus cantos; la pintura representó sus dolorosos triunfos; la escultura le dió una espresion enérgica y sombría sobre los sepulcros, y finalmente la agricultura le edificó templos sublimes y meláncolicos. Toda institucion que sirve para purificar el alma, para alejar de ella la turbacion y las disonancias, para escitar la virtud, es propicia á la música mas bella; si ademas es religiosa posee todas las condiciones esenciales á la armonía, que son la hermosura y el misterio. ¿Hay institucion que tenga estas cualidades en mas alto grado que nuestra religion divina? Sus cantos nos vienen de los ángeles, y el manantial fecundo de todas sus armonías reside en el cielo mismo. Los sentimientos que ella inspira son tan puros, tan tiernos y tan elevados que antes de su aparicion no habian cabido jamás en el corazon del hombre. Aun el hombre mas vulgar, cuando está en oracion, siente dentro de sí ideas que esplicaria como el Tasso ó como Hayden si la educacion le hubiera enseñado á espresar sus pensamientos. La religion es la que en medio de la noche hace llorar á la pura vestal bajo las tranquilas bóvedas de su meláncolico templo; la religion es la que habla con tanta dulzura á la cabecera del desgraciado y la que inspira al moribundo las últimas esperanzas consoladoras. Jeremías le debió sus lamentaciones inimitables y David sus penitencias sublimes; empero mas alta en la antigua alianza, solo canta dolores de reyes y de profetas, asi como mas fierna y no menos magestuosa en la nueva ley, sus suspiros convienen igualmente á los débiles que á los poderosos, porque halló en Jesucristo la humildad unida á la grandeza. Ademas, la religion cristiana es armoniosa, porque se complace en la soledad; alli es donde levanta su voz hasta el firmamento en medio de los conciertos de la naturaleza; esta publica sin interrupcion las alabanzas del criador y no hay cosa mas religiosa que los cánticos que se entonan con los vientos, las encinas y las cañas del desierto. El músico que pretende

seguir la religion en todos sus aspectos aprenda de la soledad la imitacion de las armonías; es preciso que conozca las notas meláncolicas que forman las aguas y los árboles; que estudie el ruido que hacen los vientos en los claustros, y aquellos sordos murmullos que reinan en los templos góticos, en las yerbas de los cementerios y en los subterráneos de los muertos. Por otra parte, el Cristianismo ha mejorado el órgano, ha suministrado nuevos suspiros al viento y ha conservado la música en los tiempos bárbaros. El canto es hijo de las oraciones, compañeras inseparables de la religion cristiana; cuando civilizó á los salvajes se valió de los cánticos; el estúpido iroqués, que no habia cedido á la santidad de sus dogmas se rindió por fin al encanto irresistible de sus armoniosos conciertos: asi esta religion de paz ha enseñado al hombre el amor y la armonía. Ahora bien: el genio mas grande que en nuestros dias ha tenido la armonía sagrada es el hombre ilustre cuya pérdida lloramos.

El Señor D. Manuel José Doyagüe nació en esta ciudad el 17 de febrero de 1755; fueron sus padres Manuel, artífice platero, y Bernarda Jimenez, ambos de condicion humilde, queriendo, como otras veces, la naturaleza manifestar que la sublimidad de los talentos no está vinculada ni á la elevacion de la cuna ni al esplendor de las riquezas. Habiendo entrado de niño de coro en esta Santa Iglesia Catedral, aprendió los rudimentos de la música bajo la direccion de D. Juan Martin, entonces Maestro de Capilla, y desde luego dió muestras inequívocas del extraordinario ingenio con que le habia dotado la naturaleza. Jubilado Don Juan Martin en 1784 se encargó Doyagüe, muy jóven todavía, de desempeñar interinamente el magisterio de la sagrada Capilla: por la misma época se puso tambien al frente de la cátedra de música que entonces tenia esta universidad, como hasta el siglo XVI habian tenido todas las de Europa y actualmente conservan las de Oxford y de Bolonia. Esta posicion le dió ocasion para comenzar á desplegar los grandes recursos de su talento y para darse á

conocer al cabildo y al público, y adquirió una reputación tan brillante, que habiendo muerto Martín en 1789 fue nombrado en propiedad, después de unas rigurosas oposiciones, para el cargo que interinamente desempeñaba. El Ilmo. Cabildo dió una alta prueba de su sabiduría y de su imparcialidad en esta elección que el público acogió con grande aplauso, y que la juventud literaria de entonces siempre animada de generosos sentimientos y siempre llena de entusiasmo en favor de la virtud y del genio, celebró en odas armoniosas que se han conservado hasta nuestros días. Después el Señor Doyagüe, ya formado, comenzó á dar al mundo las creaciones brillantes de su genio grande y original que habian de adquirirle una fama inmortal y que habian de transmitir eternamente su nombre lleno de esplendor á las generaciones futuras. Doyagüe, como todos los genios verdaderamente grandes y de primer orden, no estuvo sujeto rigurosamente á una escala lenta de perfección en el progreso de sus obras; las primeras ya demuestran toda la profundidad y extensión de sus talentos y le ponen á la altura de los grandes maestros del arte, puesto elevado de donde no ha descendido jamás. Las obras del Señor Doyagüe son afortunadamente muchas, porque habiéndole concedido la bondad de la Providencia para bien del arte y para gloria suya una larga vida, este genio vertió á torrentes los preciosos tesoros de su inagotable fecundidad. Luego que sus obras se derramaron por el mundo artístico, todos los maestros, por universal aclamación las calificaron de un mérito eminente por la filosofía y propiedad de los acentos, por la naturalidad indecible con que están escritas y que parece estaba á él únicamente concedida; y finalmente, por aquella elevación y profundidad de pensamiento, propia solamente de los genios privilegiados. Sus obras, dice un ilustrado profesor, á ocho voces y á toda orquesta no dejan nada que desear; así que se oyen se apodera de la imaginación la idea de la gloria celestial, porque sus inspiraciones son sobrenaturales y divinas. Cualquiera de ellas es una prueba de esta verdad; su

Magnificat por ejemplo: esta obra del Señor Doyagüe está llena de bellas y profundas inspiraciones, y conserva su grandeza hasta el fin. El primer verso, que es como la fachada de este grandioso edificio, tiene toda la suntuosidad y magnificencia que puede crear el talento humano; tan luego como principia se siente el alma elevada y el corazón sin libertad para respirar. Cuando se llega al verso *Deposuit potentes sede et exaltavit humiles* se ven desnudos los poderosos, y los pobres encumbrados, así como en el siguiente llenos de bienes los necesitados y hambrientos los opulentos. El *Gloria Patri* tiene otra vez la suntuosidad y magnificencia del principio de la obra, tan propias de estas sublimes palabras; y cuando se llega al *et Filio* se siente el alma irresistiblemente trasportada á las regiones celestiales. ¿Qué diremos de su *Te Deum*? Un santo entusiasmo parece habérselo inspirado; cuando en medio de las sagradas lámparas, de centellantes blandones, de nubes de incienso, de los acentos graves y sonoros del órgano, este majestuoso himno hace resonar las vidrieras pintadas, las inmensas bóvedas y hasta los profundos subterráneos de la grandiosa basílica, entonces no hay hombre tan insensible que no se sienta arrancado de este mundo perecedero y sublimado á las mansiones de la divinidad. El *Oficio de Difuntos* es una obra perfecta; en ella se halla espresado con belleza y dignidad cuanto dice su sagrada letra; escuchándolo parece se oyen los sordos remordimientos de los sepulcros. Los *Salmos* tienen una gravedad sublime; la *Pasión de Jesucristo* en los oficios de Semana Santa merece particular atención; la relación del historiador, los gritos del pueblo judaico, la nobleza de las respuestas del Señor forman el drama mas patético. No tienen menos mérito las otras muchas producciones del Señor Doyagüe, tales como las *Lamentaciones*, los *Misereres*, las *Misas*, el *Genitori* y las demas que debió á su vasto talento.

En el año de 1817 dirigió en la Capilla real su magnífico *Te Deum* en acción de gracias por el feliz alumbramiento de la

Reina Doña Isabel de Braganza, princesa augusta cuya infausta muerte lloraron entonces amargamente todos los buenos españoles, y que ha dejado en su corazón recuerdos indelebles de su bondad y de sus angelicales virtudes. Fue tal la impresión y el entusiasmo que produjo en todos los inteligentes, y tan alta la idea que les inspiró de su autor, que desde entonces la música del Señor Doyagüe ha alternado, así en la Capilla real como en los principales templos de la corte, con la de los grandes maestros del arte. En el año de 1830 especialmente se ejecutó en la Capilla real su gran Misa; estaban presentes entre otros profesores Espinola y Carnicer; les causó tal entusiasmo, así como á todos los oyentes, que les arrancó lágrimas de gozo, y exclamaban continuamente «el talento humano no puede hacer obra mas acabada.» Alveniz, el célebre organista de la Capilla real calificó de obra maestra el *Te Deum* y confesó admirado que Doyagüe habia hecho mucho tiempo antes en la música la gran revolución moderna que luego se ha realizado en la Europa. Doyagüe tenia además otra ventaja sobre los demás profesores en la música sagrada, que jamás mezclaba trozos de las composiciones profanas, porque como vivia enteramente abstraído del teatro del mundo, las inspiraciones que Dios le concedia en su soledad eran siempre profundamente puras y religiosas. En el año 1831 S. M. le condecoró con el título de Maestro honorario del real Conservatorio de música; distinción altamente honrosa que entonces se concedió únicamente á los célebres profesores Espinola y Rossini. Sin duda que la noble arte de la música ha perdido uno de sus mas eminentes profesores que le daban gloria y esplendor en toda Europa; ha perdido al digno émulo y rival de Hayden y de Mozart.

Pero otra cualidad mas espléndida y sublime que la ciencia y el talento poseia el Señor Doyagüe, la virtud: su alma era tan elevada, que siempre estaba en una region superior á las bajas pasiones que comunmente atormentan á los hombres. Así despreciaba los honores y condecoraciones que tanto halagan á las almas vulgares, no sentia nunca el tormento de la ambición, y jamás ansió ni aun siquiera la gloria, aunque se sentia dotado de aquel genio privilegiado que le preparaba una reputación esclarecida é inmortal. Su modestia era igual á la elevación de sus talentos, y su alma, rayo descendido de la divinidad, solo podia vivir en aquella alta esfera de donde habia descendi-

do, y á la que nuestro pensamiento es irresistiblemente arrastrado por su música divina y encantadora. Ciertamente la tierra era una mansión baja é incómoda para este genio sublime; sentia una atracción poderosa hácia las regiones celestiales: ya para dicha suya, pero con dolor nuestro, ha vuelto al seno de la divinidad; pero los rastros de luz esplendorosos y puros que ha dejado al pasar, serán eternos y durarán por siempre en la memoria de los amantes de las artes.

En todos tiempos los pueblos se han tenido por dichosos en haber dado nacimiento á los grandes hombres, les han tributado homenajes de amor y de admiración, y los han contemplado como apariciones casi sobrenaturales que vienen á endulzar las amarguras del destino humano sobre la tierra. Salamanca, que desde los siglos mas remotos ha resplandecido en la Europa por sus hombres eminentes en todos los ramos de la ciencia humana, y que se puso en otro tiempo al frente del gran movimiento de la civilización del mundo, no era posible faltase respecto de Doyagüe al cumplimiento de un deber tan sagrado.

Por esta razón su Ayuntamiento Constitucional acogió con entusiasmo los nobles deseos de un (1) modesto y digno discípulo de este grande hombre, y acordó por aclamación que «la urna en que estan depositados sus restos mortales quede perpetuamente consagrada á su memoria, sin que en ningún tiempo pueda enterarse en ella otra persona alguna, y que la calle del Acre en que ha vivido hasta su fallecimiento se denomine en adelante calle de Doyagüe.» Escepcion honrosa que sin anterior ejemplar y por primera vez ha hecho esta corporación en obsequio á la memoria del ilustre Salamantino, y como débil muestra de los grandes sentimientos de respeto y admiración que tan justamente le merece. También acordó, en cuanto lo permiten la penuria de sus recursos y lo limitado de sus atribuciones, contribuir como primer suscriptor para la construcción de una lápida de mármol, donde con letras de oro quede eternamente grabado su nombre contra el torrente asolador del tiempo, que todo lo devora menos el genio y la virtud. La justicia exige que aun á riesgo de ofender su modestia, consigne yo aquí, con mucha satisfacción, los nombres de los Señores D. Camilo Alvarez de Castro, D. Benito Ramon Losada, D. Manuel Feijóo Gutierrez y D. Santiago

(1) D. Santiago Tejero.

Tejero, discípulo del Señor Doyagüe, que con un noble y generoso desprendimiento han tomado parte en la suscripción para este monumento.

Finalmente, Señores, D. Manuel José Doyagüe, nuestro ilustre compatriota, cuyas cenizas ahora reposan en esa tumba, ya no pertenece solamente á Salamanca, pertenece á la Europa y á la humanidad entera; la historia ya le ciñe el laurel brillante de la inmortalidad, y le coloca en aquella cumbre elevada á donde no es dado subir mas que á los genios privilegiados que alguna vez produce el cielo para dar al mundo consuelo y esplendor. De hoy en adelante Salamanca, orgullosa con la gloria resplandeciente de este hijo predilecto, nada tiene que envidiar á la patria esclarecida de Bellini y de Mozart: por tanto, rindamos los últimos homenajes tan justamente debidos á la superioridad de los talentos y á la dignidad de la virtud.

Noticia de algunas obras del Señor D. Manuel José Doyagüe, que cediendo á nuestra amistad nos ha remitido un modesto y digno discípulo suyo.

Magnificat á 8 con instrumental y órgano obligado, por *Élafa* (1).

Esta es la grande obra de Doyagüe llena de inspiraciones, y que conserva su grandeza hasta el final.

El *ritornello* del primer verso (que es la fachada de esta obra), es lo mas suntuoso y propiamente magnífico que se da: es un *largo* que tan luego como principia se siente el alma elevada y el corazón sin libertad para respirar: hace mediación á los seis compases el órgano, y entran los dos coros repitiendo la misma frase con la letra *magnificat anima mea Dominum*, cuyos acentos aun cuando se le quitara la letra demostrarían la significación de ella, pues no se ha visto cosa puesta con mas propiedad: en

(1) El original de su puño se ha guardado en su urna dentro de una caja de zinc para que se conserve intacto por centenares de años.

la mediación de este verso se dejan ver los dos coros, entrando dos voces del primero con dos del segundo en diferentes juegos, y al compás siguiente las cuatro restantes haciendo un efecto maravilloso. Concluye este verso con un solo muy gracioso de órgano, y pasa á un *allegro assai*, donde tiene la parte principal el órgano por ocho compases, entrando luego el instrumental en unísono con una valentía indecible, y por último entran los dos coros con la letra del segundo versículo *exultavit spiritus meus* repitiendo la música del *ritornello* y concluyendo el verso con la letra *salutari meo*, con la que canta el contralto de primer coro la última mitad ó *sæculorum* del canto llano de sexto tono, mientras que las demas voces hacen juegos muy gratos con notas de igual cantidad, y alguna de ellas en movimiento contrario. Sigue un solo de órgano tocando *pizzicato* los instrumentos de cuerda por espacio de once compases, usando del arco en el final del solo, que está lleno de fuego.

Canta el tenor los dos versos siguientes: *quia respexit*, y *quia fecit mihi magna*, tan sencillos como nuevos y gratos: el verso siguiente *et misericordia ejus* á duo de contralto y tenor, está cortado con un tino singular.

Analícese el verso *fecit potentiam*, y considérese; inspeccionése detenidamente el *dispersit superbos*: pasemos á la última mediación, y encontraremos al tiple de segundo coro llevando el *sæculorum* de sexto tono (siendo la cuerda *re*) en medio de que los demas estan en segundo tono, haciendo con el *sæculorum* de este y de primer tono varias imitaciones, en las que hay movimientos encontrados con una modulación encantadora, y un bajo que solo pudo colocarlo así su autor: aprendan á trabajar con precisión los maestros en las palabras *mente cordis sui*, allí encontrarán una rica mina.

Sigue por *si b.* tercera mayor el verso *deposuit potentes de sede et exultavit humiles* de bajo, al que precede un solo valiente de órgano: allí se ven desnudos los poderosos y exaltados los humildes, como en el siguiente llenos de bienes los necesitados y los ricos mendigando. El verso *suscepit Israel* de contralto, es sencillo en extremo al par que lindo y cantable.

El último verso es á ocho cantando los bajos el *sæculorum* de sexto tono (por la cuerda sol) reproduciendo las mismas imitaciones de las palabras *mente cordis sui*, en las de *Abraham et semini ejus in sæcula*.

El gloria vuelve á recordar en sus dos pri-

meros compases la fachada principal del edificio (es decir) la suntuosidad y magnificencia propias de las palabras *gloria patri*: pero al llegar al *et filio* ¿no se va el alma á las regiones celestiales? Vengan á oír todos, hasta los mas presuntuosos, estos cuatro puntos: vengan sí, á ver cómo modula con las palabras *et Spiritui sancto*. Por último tiene un presto en el *sicut erat* á ocho con el *sæculorum* que llamará la atención de los inteligentes por los siglos de los siglos, por su fluidez y buen gusto; lleno de imitaciones que solo Doyagüe encontraba á mano, repetidas con un tino maestro.

Otro *Magnificat* id. por el mismo tono, mas ligero.

Otro bueno por *re* tercera mayor.

Lamentaciones de Semana Santa, soberbias especialmente las dos á ocho (primera del miércoles y primera del viernes), la tercera del miércoles de contralto con piano obligado, lindísima y de un gusto elegante compuesta el año de 1814; la del jueves de tenor, con aquel *in tenebrosis* que cantado por un hombre que sienta, traslada al auditorio á la region de los muertos; y la tercera del viernes, que sin duda no la hubiera puesto (ó cantado) con mas propiedad el mismo Jeremías. El versículo *Christus factus est pro nobis* no se puede poner con mas novedad y precision.

Varios *Misereres* por *mi b.* entre ellos el enviado al *inmortal Rossini* á su instancia por los años de 28 ó 29, mereciendo el pláceme de este compositor insigne.

Otro tambien bueno, pero mas ligero.

Otros dos mas cortos, pero muy bien sentidos, siendo el uno por *mi b.* y el otro por *fa* tercera mayor.

La *Misa* grande por *sol* tercera mayor á ocho con toda orquesta y órgano obligado: es obra acabada, aunque bastante larga.

Otra por *Élafa* preciosa, mas ligera que la anterior: esta *Misa* y la anterior las envió el autor á la Capilla real, donde se cantan.

Otra por *la* tercera mayor, bien cortada y ligerita.

Otra por *si b.* tercera mayor, mas ligera.

Salmos de vísperas para todas las festividades, entre los cuales se debe hacer particular mencion del *Lauda Jerusalem* á cinco de contralto con órgano obligado por *sol* tercera mayor, por su elegante giro. *Dixit dominus* á cinco de tenor por *fa* tercera mayor, donde se ven hermanados el género antiguo y moderno (es decir) la gravedad y severidad del uno, con la elegancia y suavidad del otro. *Lætatus*

á cinco para tenor tambien, por *re* tercera mayor: *Beatus vir* á cinco para contralto por *do* tercera mayor, muy bueno: y el salmo *Credidi* á ocho por *si b.* tercera mayor etc.

El primero y tercer *Salmos* del primer nocturno de la Asuncion de nuestra Señora á ocho uno por *re* tercera mayor y el otro por *mi b.*, buenos.

Los *Salmos* primero y tercero de la nona (para la Ascension) á ocho con órgano obligado, el uno por *re* tercera mayor, y el otro por *do* tambien tercera mayor, brillantes y llenos de fuego. El *Te Deum* compuesto en accion de gracias por la conclusion de la guerra de la independenciam al regreso de las tropas á esta ciudad, el mismo que el autor rigió ante SS. MM. en la Capilla real, mereciendo su aceptación y el voto unánime de aprobacion de los maestros mas severos de la corte, que ofrecieron cada uno sus respetos al gran maestro, confesando su superioridad.

El *Oficio de Difuntos* por *Élafa*: bueno, con especialidad la primera leccion, y muy particularmente las palabras *dormiam*.

El *Motete de Difuntos Peccantem me quotidie* á cuatro con violines y acompañamiento por *fa* tercera menor, de un efecto maravilloso.

Varios *Genitoris*, Entre ellos el de flauta obligada á cuatro por *do* tercera mayor, de un mérito particular.

Recitado y aria coreada (compuesta de tres aires) ó sea el *Cántico de Simeon* en verso español, traduccion del difunto general D. José Virués, para tenor á toda orquesta, dedicada por el autor al traductor el año de 1825.

Y últimamente, infinidad de salmos, arias, duos, tercetos, cuatros, motetes y villancicos al Santísimo Sacramento, al Nacimiento de nuestro Señor J. C., á la Adoracion de los Santos Reyes y á la Virgen, con especialidad á la festividad de la Asuncion de nuestra Señora como titular de esta Santa Iglesia; creyendo pesado enumerar todas sus obras por ser casi innumerables, pudiéndose en verdad aplicar á este maestro en su ramo aquel dicho tan conocido «de haber escrito mas que el Tostado.»

SALAMANCA:

IMPRESA DE MORAN.